

modo me expongo á llegar á vieja sin haber gozado lo que me corresponde. La reclamación de Jecker contra el gobierno, tiene que constituir en parte mi hacienda. ¿Qué trabajo puede costar á S. M. disponer á los tribunales mexicanos que fallen en unos cuantos días y sin las moratorias que acostumbran, ese asunto en que va de por medio mi bienestar y el cumplimiento de la justicia más rudimentaria?

Y ¡quién sabe! Casos se han visto de mujeres que tienen privanza perpetua con los reyes y que sólo con la muerte dejan el favor. Madame de Maintenon con Luis XIV, Madame de Pompadour con Luis XV, Luisa de Keroualle con Carlos II de Inglaterra y otras muchas con diversos monarcas, han sabido constituirse en instituciones, en centros de influencia de donde han salido pensiones dádivas, empleos, gracias y hasta guerras y paces... Yo me siento con el alma hecha como las de esas mujeres; yo me siento capaz de formar un partido que se oponga al famoso partido de la Emperatriz y lo combata y lo destruya... Porque la verdad es que no soy tonta, y como guapa, soy guapa... La buena vida, el vestir bien y el comer mejor me han vuelto la hermosura que había perdido en aquel abominable tabuco en que vivía en México; y como al mismo tiempo me he instruído y afinado con la estancia en París y con el trato con gentes de mi condición, estoy para dar antojos á cualquiera.

Claro me lo cuentan las miradas que me dirigen todos mis conocidos y valedores, y más claro me lo cuentan esos requiebros callejeros que suelo oír de boca de los desocupados. En fin, que estoy guapísima.

Otro día.— ¡Qué vergüenza, qué horror, qué oprobio! No sé cómo puedo contar eso, ni como no caí fulminada al saber que mis ilusiones reposaban en cimientos de aire.

A la hora que se había anunciado llegó el incógnito visitante. Tenía la misma apostura que el Emperador sus piernas cortas, su abdomen saliente, su faz un poco más ancha que larga; me saludó con exquisita cortesía, aunque sin descubrirse completamente el rostro. Al entrar al cuarto, que estaba á obscuras, conforme á lo convenido, dejó el abrigo y echándose á mis pies comenzó á decirme cosas tiernas al mismo tiempo que me besaba las manos con ardor.

Sire, le dije; no os ocultéis más, no tratéis de disimular vuestra calidad y vuestro nombre; soy discreta y sabré callarme acerca del honor que me hacéis... Mas comprended que eso que me decís no lo debo escuchar; soy una señora, pertenezco á una familia noble y no está bien que oiga estas cosas... ¿Por qué, sire, vos que sois la nobleza y la sinceridad en persona, ponéis á una mujer honrada en estos conflictos...? Me pedís una cita para

tratar negocios políticos, os la otorgo, y al venir aquí cambiáis de propósito, ó mejor disimuláis el que traíais... Sire, sire, compadecedme, sed generoso conmigo, le dije temblando como la hoja en el árbol.

Noté que á medida que hablaba, el galán no insistía en sus demostraciones, y creyendo haber ido demasiado lejos, indiqué á media voz:

— Sentaos, sire, que bien podemos hablar con más reposo. Eso que llamáis vuestra pasión, bien puede tratarse frente á frente y ante una luz... Os repito que soy discreta y que nada tenéis que temer de mí.

Cuando iba á dar vuelta á la llave del gas, el desconocido me cogió por la mano, y me dijo con voz en que estaba embebida una gran cólera:

— Señora, según parece me confundís con S. M. el Emperador, y no sé de qué provenga tal equivocación. Ni el sujeto que á mi nombre os habló, ni yo mismo hemos tratado de haceros creer que fuera esa altísima persona quien os citara. Estáis en un error, y aunque podría muy bien prevalerme y aprovecharme de él, yo quiero que lo que me concedáis sea acordado no en nombre de otro, sino en el mío propio...

— ¿Pues quién sois? grité emocionada.

— Soy *Monsignor Bauer*...

— ¿El obispo, el predicador?...

— El mismo.



Y los criados, el patrón del hotel y la muchedumbre...

— ¡Pues sois un impostor, un farsante, un granuja, un mal hombre!... Salid en seguida.

Como yo alzara la voz, el *Monsignor* comprendió que iba á pasarla muy mal y trató de callarme, suplicándome con toda suerte de encarecimientos. Yo tomé sus extremos por amenazas y sin esperar á mas empecé á tirar del cordón de la campanilla, tocando á rebato y poniendo en alarma á toda la casa.

Más tardé en repicar que en oír que tocaban la puerta del cuarto por defuera: eran los mozos de servicio que quizás pensaban se había pegado fuego á la construcción.

— Sí, algo se me ofrece, dije irritada: que se ponga en la puerta de la calle á este malhechor que se ha introducido á mi cuarto sin permiso...

Y los criados, el patrón del hotel y la muchedumbre que se reunió luego, pudo ver al *Monsignor* con su alza-cuello morado, su solideo y su jeta pelada salir como perro ladrón, explicándose en un idioma franco y con una lengua estrapajosa que daban compasión.

Hoy apareció en uno de esos diarios de escándalo que combaten el Imperio un párrafo que reza así en la parte esencial:

«No decimos el país á que pertenece la heroína, porque equivaldría á revelar el nombre de ésta; sólo diremos que procede de una nación que se halla en dificultades con Francia por asuntos pecuniarios.

El es un tipo exótico, sin nacionalidad, sin profesión definida y probablemente sin el título de obispo con que se engalana. Nacido y criado en el judaísmo, ha sido sucesivamente pintor, agente, viajero y fraile. Luego que se convirtió al catolicismo, abrazó el estado eclesiástico y empezó á predicar en la mayor parte de las grandes ciudades, como Viena, Madrid y Roma. Aquí es conocido más que por sus sermones, por la boga que ha adquirido entre las damas. A su celda del convento de los Carmelitas afluyen todas las almas angustiadas, todos los corazones traspasados, todos los seres que han sufrido por las asechanzas del mundo, y allí son admitidos bajo la sola condición de que lleven faldas. El abate no ha sido suficientemente hábil para sortear los obstáculos, ó siéndolo, ha tenido á gala el retarlos frente á frente, y por eso se ha metido en intrigas verdaderamente deshonorosas. Según parece le cautivó la dama á que al principio nos referimos, le pidió una cita presentándose como si fuera una elevadísima personalidad que deseara tratar de asuntos públicos con ella, y á la hora que la señora había señalado se presentó en el hotel de Bélgica y Holanda, donde pasaron los sucesos.

Desconocido al principio, pronto fué identificado, expulsándosele del hotel mientras se tranquilizaba á la señora...»

No dudo de que todo se descubra con esas señas y de

que mis amigos me abrumen á preguntas; pero poco tiempo tendrán para ello; me marchó muy pronto y pasaré en el mar ó en mi tierra los últimos días de este año, tan fecundo en acontecimientos memorables. Jecker partió en el último paquete, el almirante Jurien también



saldrá á mediados de este mes, y muy pronto Veracruz estará en poder de la armada francesa. Es tiempo de restituirme á la patria.

Ya empecé á hacer mis visitas, ya dije adiós á mis viejos amigos y á mis amigos nuevos, y sólo me falta

despedirme de mi afición más honda: de París, al que no desespere de volver en días mejores, cuando haya rescatado mis bienes y pueda gozar de todo lo que ofrece la maravillosa ciudad á los que tienen dinero y saben gastarlo.



TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

En la Habana

DICIEMBRE de 1861. Estoy aquí desde el día de Nochebuena, pero me encuentro como si me hubieran metido en un pozo: careciendo de noticias y sin saber si acontece algo por México. A la hora de esta, la capital debe de hallarse en poder de los españoles, que están en el país desde principios del mes pasado, y es seguro que poco quedará que hacer á las fuerzas coligadas, que salen mañana para Veracruz. En cuanto á los emigrados, puedo dar algunas noticias, pues todas ellas valen la pena. Junta ó sucesivamente han ido llegando el padre Miranda, á quien Gutiérrez Estrada señala como director de la parte política de la expedición; Haro y Tamariz, el general Miramón y el general